



El Rostro Divino-Humanidad

www.espiritualidadyevangelizacion.org

HOMILÍA DE MONSEÑOR OBISPO RAMÓN CASTRO CASTRO

DOMINGO XIV

INTRODUCCIÓN. El Evangelio de hoy está en contraste brutal con los domingos anteriores. Después de los impresionantes **signos realizados por Jesús vemos que Él es claramente rechazado**. La rebeldía y la dureza de corazón (1a lectura: Ez 2,2-5), la falta de fe de quien se queda a ras de tierra (Evangelio), impiden reconocer y aceptar los signos más evidentes. Cuando ya se había hecho popular y famoso por sus milagros y su enseñanza, Jesús volvió un día a su lugar de origen, Nazaret, y como de costumbre se puso a enseñar en la sinagoga. Pero esta vez no suscitó ningún entusiasmo, ningún ihosanna! Más que escuchar cuanto decía y juzgarle según ello, la gente se puso a hacer consideraciones ajenas: «¿De dónde ha sacado esta sabiduría? No ha estudiado; le conocemos bien; es el carpintero, el hijo de María!». «Y se escandalizaban de Él», o sea, encontraban un obstáculo para creerle en el hecho de que le conocían bien. Jesús comentó amargamente: «nadie es profeta en su tierra». Esta duda es, en nosotros, como el **contagio de la mentira del mundo, un mal que penetra dentro de la conciencia y el corazón**; es como una sutil hoja que se insinúa entre nosotros y todo aquello que se nos ha dado por Cristo y en Cristo. El pasaje evangélico nos lanza una advertencia implícita que podemos resumir así: **¡atentos a no cometer el mismo error que cometieron los nazarenos!** En cierto sentido, Jesús vuelve a su patria cada vez que su Evangelio es anunciado en los países que fueron, en un tiempo, la cuna del cristianismo.

1. EL ASOMBRO QUE NO LLEVA A LA FE. Es el sábado en una sinagoga. Medio ambiente por tanto no sólo conocido sino religioso practicante. Va en compañía de sus discípulos. **El marco parece reunir todas las condiciones para que Jesús pueda relajar su tensión natural de evangelizador y caminante.** Al menos este episodio parece prometer un final feliz. Jesús comienza a enseñar. No sabemos qué enseñaba. **Lo que sí sabemos es que produce asombro.** Sabemos que la sorpresa y el asombro son el comienzo de un camino que puede llegar a descubrimientos hondos, tanto en el campo de las ideas como en las relaciones personales. Muchas filosofías han nacido cuando se ha querido buscar la respuesta a hechos que nos han asombrado. La sorpresa y el asombro pueden ser enormemente fecundos. **Pero el asombro de los religiosos paisanos de Jesús conduce a una conclusión desconcertante: "Desconfiaban de él"** (v.3). Más literalmente, "se escandalizaban de él". **IMPOSIBLE PENSAR ASOMBRO MÁS ESTÉRIL.** ¿Cuál es el itinerario de la infecundidad? El asombro ante la enseñanza de Jesús suscita preguntas. Es lo normal. Es bueno. Son preguntas que se refieren a **dos tipos de**

constatación. Por una parte, la sabiduría y las obras de Jesús, inesperadas y sorprendentes. Por otra, a su trabajo de carpintero y su familia, conocidos de todos. El interrogante base es: conociendo sus antecedentes **¿de dónde saca todo esto?** Cuando se hacen dos constataciones existe una elección. **Se deja como "mayor", como base, la conocida** (su trabajo y familia no dan de sí, es uno de nosotros) y **como subordinada la desconocida** (enseñanza y milagros), y **entonces se concluye: desconfiemos de él. ES EL ASOMBRO ESTÉRIL**, el que corta el paso a toda novedad, el que se cierra sobre los propios esquemas. Ante este asombro estéril viene el asombro de Jesús: "Se extrañó de su falta de fe". Porque Jesús ofrece, no pide. Ofrece salud y esperanza a quienes la necesitan. Ofrece una enseñanza liberadora del hombre y liberadora de Dios. **Y su ofrecimiento es rechazado en base a la insignificancia de su trabajo y de su familia.**

2. POR QUÉ EL HOMBRE RESISTE A LA PALABRA DE DIOS. No me refiero a quienes sencillamente ignoran o cuestionan la existencia de Dios, sino de quienes, **diciéndose creyentes, hacen oídos sordos a la llamada de Dios.** Podríamos descubrir, entre otros, los siguientes motivos:

a. **La dualidad interna del hombre.** Sabemos por propia experiencia que en nosotros actúan dos fuerzas o voces interiores. **Son como dos instintos:** el de la vida y del amor, y el de la muerte y del egoísmo. Cuando decimos que **algo es para nosotros Palabra de Dios**, no significa que hemos tenido una revelación especial, **sino que nos hemos sentido tocados por el instinto del amor;** sentimos que **necesitamos crecer y que este esfuerzo** exige cierta dosis de renuncia por nuestra parte. **Pero** también somos presa de esa fuerza misteriosa, tan misteriosa que se la ha atribuido al demonio, **fuerza que nos lleva precisamente a hacer lo contrario de lo deseado.** Cuando la Biblia afirma que el pueblo hebreo era duro y pertinaz, **no hace sino la misma afirmación: el hombre no es solamente arcilla, capaz de ser moldeada; es también piedra.** El hombre es un rebelde por naturaleza; no sólo los hijos resisten a los padres, los alumnos a los profesores, etcétera, sino que, sobre todo, el hombre resiste a su misma verdad, a su yo interior, siempre recubierto por máscaras que alternativamente se quitan y se ponen. Estamos amasados de vida y de muerte, y cuando la vida llega, la muerte refuerza sus trincheras. Cuanto más viva es la Palabra de Dios, más dura es la resistencia. La muerte de Cristo en la cruz es la mejor prueba de ello.

b. **No nos gusta cambiar de vida.** Tenemos un temperamento, una forma de ser, cierto tipo de personalidad, y **nos cuesta asumir la diaria responsabilidad por reformarnos y cambiar.** Y justamente aquí pone su dedo la Palabra de Dios, que es, casi por definición, **una palabra que urge a la conversión.** Si el hombre no tuviera nada que modificar, los profetas estarían fuera de lugar. **Pero desde el momento en que el profeta denuncia el pecado del hombre y de los pue-**

blos, su tarea se vuelve difícil y antipática. Quitárselos de en medio con la cárcel o la muerte fue siempre un viejo recurso que aún no ha perdido vigencia.

c. Tenemos miedo a la inseguridad. Si la Palabra de Dios nos urge a un cambio de vida, debemos **por fuerza abandonar cierta forma de pensar y de ser para comenzar de nuevo algo sobre lo cual no tenemos experiencia ni garantía de felicidad y éxito.** Escuchar la Palabra de Dios es como saltar sobre un vacío... **y sentir por un instante la sensación de volar sobre la nada.** Este miedo suele ser de consecuencias fatales para una comunidad: **aferrados a lo que siempre tuvimos por verdadero, nos levantamos airados contra todo intento de cambio,** sin analizar, siquiera por un momento, si el cambio responde o no a una forma más auténtica de vivir el Evangelio. El hombre ama lo seguro... **y la Palabra de Dios, tal como hizo con Abraham, suele invitarnos a caminar «hacia la tierra que yo te mostraré»,** pero que nosotros no vemos ni tenemos tanta seguridad de poseerla. **Por otra parte, la fe no es una ciencia matemática o experimental que pueda demostrar hasta la evidencia todos sus postulados.** Siempre la fe trabaja sobre ciertas dosis de confianza en el Dios que habla. Pero ahí está el problema del hombre: ¿Quién le asegura que todo lo que se dice como Palabra de Dios es realmente cierto?

d. Tenemos miedo a encontrarnos con nosotros mismos. Es el motivo que sintetiza toda nuestra resistencia: **el temor a nuestra verdad desnuda, la que emerge de nuestro yo verdadero y real.** La Biblia nos presenta al hombre como un ser mentiroso desde el principio, como si la mentira consigo mismo y con los demás fuese su arma más espontánea y la que mejor sabe esgrimir. **No hace falta que nos enseñen a mentir. Ante lo que nos molesta y duele en el orgullo, todos sabemos recurrir a sutiles formas para autoengañarnos y engañar a los demás. Toda verdad duele y exige, sacude nuestra pereza, aplasta nuestro orgullo y pone al descubierto esa oscura fuerza que nos avergüenza pero que también nos domina.** No es extraño, por lo tanto, que el evangelista Marcos nos muestre, con su crudeza habitual, el triste espectáculo de los paisanos de Jesús que -sin motivo alguno serio- resistieron sistemáticamente a su predicación, a tal punto que el mismo Jesús se asombró de su falta de fe y, como cuenta Lucas, por poco terminan con él tirándolo por un despeñadero.

A MODO DE CONCLUSIÓN. Como en aquella sinagoga de Nazaret, **así aquí cada domingo nos habla Jesús, casi sin que nos demos cuenta, porque éste es su modo de hablar. Y por eso también aquí puede pasar lo de Nazaret. Pasa muy poco o no pasa nada.** Todo sigue igual, porque no llegamos a valorarnos como personas, personas capaces de aportar un grano de Palabra de Dios. ¡Escuchemos y creamos al PROFETA!

¡ÁNIMO!